

Diario de un recluta

(Ultimo libro de Mario H. Perico Ramírez)

Escribe: ALBERTO PEREZ ROJAS

Un duradero y ferviente homenaje a los héroes granadinos y venezolanos que cumplieron la grandiosa gesta de la campaña libertadora de 1819, cuyo sesquicentenario acabamos de celebrar con alborozo y fervor patriótico, lo constituye la nueva obra del fecundo y excelente escritor boyacense.

Aún fresca en nuestra mente la admirable biografía de Tomás Cipriano de Mosquera, escrita con vigor y acierto inigualables, llegó a nuestras manos una autobiografía de ficción, no ya de un gran general o de un estadista, sino de un humilde arriero a quien la chispa del patriotismo hizo trocar el peregrinaje por caminos y veredas, los trebejos del oficio y la lidia con las bestias de carga, por la lanza, el fusil, y las municiones, para convertirse en uno de los millares de soldados libertadores —héroes ignotos a quienes no alcanzó a tocar el hálito de la gloria, porque nadie perpetuó sus nombres en los anales de aquellas gestas— pero no menos merecedores de nuestra gratitud imperecedera y más meritorios aún, en fuerza del desconocimiento pleno de sus acciones de guerra, de los incontables sacrificios y privaciones, de su total entrega a la causa de la libertad, sin el aliciente de galardones, ni prebendas, ni gajes, ni riquezas posteriores para legar a sus hijos, que siguieron en idéntica condición a la de los tiempos de la Colonia, como lo hace decir el autor a Anatolio Tibaduiza, el héroe de la obra: “Terminada esta guerra, la rebatiña entre los grandes va a ser mayúscula. Las apetencias personales de cada teniente, de cada capitán, de cada general, van a tomar bulto. Ellos, y solo ellos se considerarán los padres y las madres de la nueva patria que se avecina, lo cual traerá muchos

disturbios y al encontrarse nuestros jefes con la resistencia para que les reconozcan sus méritos individuales, volveremos a comenzar con la cantaleta de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad. Cantaleta que va a sernos repetida por el vozarrón del cacique, por las espuelas del militar, por el cuello de pajarita del leguleyo, en letanías interminables”.

Con mano maestra empieza el autor a poner en boca de Anatolio el relato de su infancia, que fue y sigue siendo igual a la de tantos niños boyacenses de la región andina que se llamó el “reino”, los cuales no bien dejaron de succionar la leche materna para empuñar la azada, llevar a la cocina el agua del pozo cercano, cuidar las ovejas, extraer de la tierra los frutos para el diario sustento, colaborar en todas las faenas de la agricultura y “tener encima” a toda hora la agria y despiadada voz de sus padres, que no veían ni ven en sus hijos sino otros tantos peones que deben rendir el esfuerzo máximo en la tarea ingente de arrancarle a la tierra el sustento y la supervivencia.

Niños sin infancia, sin alegría, niños sin calor hogareño, que abandonan el hogar muy temprano, al empezar la adolescencia, en busca de horizontes menos estrechos, niños que venden sus brazos al primer hacendado, o que emigran a las ciudades donde los devora la civilización y la corrupción.

Anatolio heredó de su padre tres libros “los cuales se comió literalmente de tanto repasarlos y se los aprendió de memoria”. Tenía ansia de conocimientos que no pudo satisfacer, como tantos otros campesinos a quienes no llega alguien que los redima de la ignorancia, aun en contra de la resistencia de los padres: un párroco, un padrino, un maestro de escuela que descubra el terreno abonado que hay en ellos para regar la semilla del saber. Se enroló con su padrino en labores de arriería y a poco, este murió. Anatolio siguió con el negocio solo, se fue a Venezuela y allí oyó por vez primera los rumores de revolución y conoció un nombre “que se escurría en todos los labios: Bolívar”, nombre que desde entonces vibró en América con los ecos de los bronces de la eternidad.

Conoció en Pore al célebre Nonato Pérez, héroe de cien combates, quien le propuso alistarse en el ejército libertador como baquiano. En pocas y vigorosas plumadas describe Perico Ramírez la personalidad de aquel soldado venezolano, valiente, cerril, montaraz, amargado. Es una de las características de su estilo.

En dos o tres frases definitivas, concluyentes, pinta un personaje con la misma fuerza del buril sobre el hierro, como cuando dice de Nonato Pérez: “era un bárbaro de cojones tridimensionales... la leyenda se le enroscaba en las muñecas y lo maniataba de cuentos y sortilegios igual que un duende ... era un macho constitucional, solo instinto ... sus órdenes más parecían sablazos que opiniones ... se chupaba las frases e inventaba blasfemias ... el miedo no lo conocía ni por los forros, el cansancio menos ... su risa era monumental y descomedida, sacando al aire una dentadura brillante, como quien muestra sin envidia pero con orgullo, un arma o un instrumento de combate o de guerra”.

No es posible en tan pocas palabras un retrato más fiel, enérgico y varonil de este héroe de la lucha por la libertad en Venezuela y Colombia y cabalmente en esto reside el mérito literario del autor. En desechar detalles nimios, descripciones engorrosas, divagaciones inconducentes. En ir al siempre al grano y en qué forma. Con sin igual vigor y acierto y con un lenguaje pleno de figuras robustas, afirmativas, fértiles, exuberantes, con palabras que aunque no castizas, comunican a su prosa el sabor de un vino fuerte y reconfortante.

La imaginación de Perico Ramírez es inagotable. A cada paso toda clase de licencias literarias muy bien traídas, muy oportunas, sin que decaiga un instante el interés del relato, porque las divagaciones son cortas y no alcanzan a distraer al lector. Profundo conocedor de la idiosincracia de su pueblo, el boyacense, refleja el autor en el protagonista y en lo que le hace decir, el alma típica de aquel conglomerado humano por tantos conceptos meritorio, tan sufrido como el que más y profundamente religioso, amante del terruño, laborioso y tradicionalista. Perico Ramírez ama a su pueblo intensamente, lo lleva en la sangre y en el corazón, como Armando Solano, José Umaña Bernal, Eduardo Caballero Calderón, José Mar y tantos otros exponentes de la mentalidad boyacense que son orgullo de las letras colombianas. En el libro del cual intentamos este breve comentario campean ante todo su patriotismo, su democracia, su amor al humilde, al desvalido, su veneración al terruño. Dice Anatolio hablando de su origen: “Mi estirpe es elemental y simple. Tan simple y elemental como el pegujal que me vio nacer. Mis raíces, si se las escarba, son hondas y profundas, pero carecen del brillo de la riqueza o de la nombradía. Se hunden eso sí, y también se con-

funden con los trabajadores de las minas, del surco, de la selva, con aquellos nativos desnudos que se quedaron asombrados al contemplar los yelmos y las sotanas de los conquistadores y de los evangelizadores”.

Unido, Anatolio Tibaduiza al ejército libertador empieza su diario, al salir de Tame, con el relato del paso nocturno del río Casanare. En tres cortos párrafos queda pintado magistralmente este terrible episodio de la campaña, donde los patriotas perdieron gran parte de sus bagajes y municiones y numerosos soldados perecieron ahogados. El relato de los hechos más notables de la epopeya libertadora, prosigue en orden cronológico: la continuación del recorrido por los llanos ilimitados, las penalidades de las fatigosas jornadas, el hambre, la sed, el cúmulo de vicisitudes de aquella marcha fabulosa, sin igual en la historia militar del mundo.

Perico Ramírez llega en su libro al máximo de belleza literaria y de fuerza descriptiva en las tres páginas que emplea para relatar el paso de los Andes, hazaña sobrehumana que solo se hizo posible por el genio de Bolívar y el fuego de la libertad que ardía en los corazones de todos sus oficiales y soldados. En pocos de los numerosos relatos que de esta proeza han hecho historiadores y literatos se logra tal plasticidad y realismo. Se siente en propio cuerpo, al leer esta parte, el frío inmisericorde mordiendo las carnes, la mortal fatiga, la horrible dificultad de respirar, las llagas de los pies, la tenaza del hambre y sobre todo la desesperanza de poner pronto fin a tamaños padecimientos.

Dos cortos párrafos, ya que no es posible transcribir todo el relato, son ejemplo del estilo viril y notablemente expresivo de Perico Ramírez.

“El enemigo número uno comenzó a hacer de las suyas entre los soldados. El frío con todas sus funestas consecuencias se interpuso entre nosotros y nuestro objetivo. Caló hondo, asumió posiciones irrevocables, se incrustó en el hueco y más allá todavía. Fue fiel y terco. Nada ni nadie podía controlarlo. A lo sumo el azote o la flagelación —remedio aparentemente absurdo— pudo detenerlo. Los hombres sin darse cuenta morían. De rosados paulatinamente se volvían morados. A la caballería le tocó multiplicarse. Armas, pertrechos, víveres, hombres y mujeres, querían ser llevados a lomo de mula o de caballo”.

“Quien tuviera la osadía de asomarse sobre cualquiera de los farallones que nos rodeaban, nos mirarían con lástima. Una larga y conturbada fila de caminantes andrajosos y mustios, tomados de la mano como niños sorprendidos por los poderes de lo irracional, era lo único que podía contemplar y compadecer”.

El genio del Libertador, su capacidad inmensa de sobreponerse a todas las dificultades, el cumplimiento exacto de la frase que pronunció cuando el terremoto de Caracas: “si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la venceremos”, se hicieron patentes en el paso de los Andes y Perico Ramírez en pocas palabras nos lo relata: “Bolívar estaba en todas partes. Sonriente o severo, conversador o silencioso, amable o ceñudo. En cada paso malo, en cada torrente, en cada dificultad él era el primero. Se devolvía cuantas veces hiciera falta para llevar en ancas a la mujer o al hombre que lo necesitara y los llevaba como quien lleva a un amigo, con delicadeza, con amabilidad, con cariño. Cuántas veces lo vi hablándole a la viuda acongojada, al rapaz retrasado, al arriero fatigado. Y cuántas veces también lo vi con los ojos brillantes por la emoción, quedarse quieto como si estuviera concentrando toda energía para donarla de sopetón a ese ejército de pordioseros que el destino había puesto bajo su mando”.

Una vez trasmontada la cordillera oriental de los Andes, el “ejército de pordioseros” que nos dio la libertad, inició la campaña contra el ejército español de Barreiro. Perico Ramírez, por boca de Anatolio Tibaduiza, continúa el maravilloso relato de todas las acciones de guerra y los hechos notables de la gloriosa gesta, como el curioso e inolvidable gesto del cura de Socha, Tomás José Romero, de convocar a sus feligreses, encerrarlos en el templo durante la misa de la fiesta del 4 de julio y hacerlos despojar de sus vestidos para entregarlos al desnudo ejército patriota, gesto que “tiene los bordes de la comicidad los filos de la grandeza”. El encuentro de Anatolio con Pedro Pascasio Martínez, el adolescente que en Belén se unió al ejército como palafrenero de los caballos de Bolívar y se inmortalizó en la tarde de la batalla de Boyacá al tomar preso a Barreiro, despreciando olímpicamente el intento de soborno de este y entregarlo a Bolívar, “entrando así por la puerta ancha de la historia con esa proeza a sus costillas”. El recado que envió Bolívar con Anatolio a la campesina Casilda Zafra, recordándole la promesa que ella le había hecho años antes sobre un potro blanco. Casilda regaló

el bello animal al Libertador días después y desde la batalla del Pantano de Vargas fue su compañero inseparable y preferido hasta los gloriosos días de la campaña y libertad del Perú. La muerte violenta de Nonato Pérez al tratar de domar un potro cerrero, descripción que tiene insuperable belleza y constituye una página de antología.

La culminación del libro es el magistral relato de la batalla del Pantano de Vargas, otra página de valor imponderable, la carga inmortal de Rondón y sus quince centauros, el toque de retirada del ejército español que oído por Anatolio lo sacó del trance de expectación en que se hallaba y entonces le provocó gritar: “el rey ha muerto, viva el rey”.

Bolívar estaba a tres pasos de Anatolio, “iluminado por dentro, fosforescente y a la vez envejecido; cuatrocientos años de esclavitud y de negación se le estaban saliendo por las costuras de la casaca, sin que él se diera cuenta; lo abandonaba la savia española que mamó de los pechos de su madre. América lo esperaba con sus harapos de mendiga, sus cordilleras y sus llanuras, sus ríos, su bondad y su poder”.

Con estos rasgos épicos el autor cierra el relato de la batalla más árdua y definitiva de toda la campaña. Boyacá fue solo el necesario desenlace, la confirmación de lo que el destino tenía señalado para nuestra amada patria: la terminación de tres siglos de dominio español.